

## CAZADORES-RECOLECTORES Y PREHISTORIA

Robert L. Kelly

### *The Foraging Spectrum. Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*

Cap. 9, pp. 333-342.  
Smithsonian Institution Press  
Washington  
1995

Traducción de Pablo A. Peláez  
para la Cátedra de

*Fundamentos de Prehistoria*  
FFyL, UBA  
Revisión : J.L.L.

Una de las preguntas más importantes planteadas en la conferencia "Man The Hunter"<sup>1</sup> fue "¿Son los Cazadores-Recolectores un tipo cultural? (Lee y DeVore 1968: 335). Una generación después, continuamos preguntándonos lo mismo. Esto revela una crítica actual a nuestras herramientas conceptuales: ¿Qué razón hay para esperar que alguna categoría obligue al continuo de la diversidad humana a tener límites netos y regulares? Más recientemente, Harvey Feit ha concluido que "la noción universal que popularmente caracteriza a las sociedades cazadoras-recolectoras no debe ser una categoría antropológicamente creíble" (1994:422). Ernest Burch expresa las mismas opiniones (1994:452). ¿Porqué le lleva a la antropología tanto tiempo llegar a esta conclusión, la que debería de haber parecido obvia hace décadas? Sospecho que hay una razón profundamente enraizada para que en la antropología se usen continuamente conceptos sobre "el" modo de vida cazador-recolector, la que revela errores conceptuales potencialmente significativos de la historia evolutiva humana.

Como nuestros antepasados intelectuales, nosotros aún parecemos estar abrumados por "el hecho que los cazadores-recolectores *parecen* ser la más antigua de las llamadas sociedades primitivas- [por] la *impresión* de que ellos conservan el modo de vida más arcaico que se conoce para la humanidad, el que caracterizó a la totalidad del paleolítico" (Testart 1988:1, énfasis agregado). Esta impresión es muy común entre muchos antropólogos socioculturales que buscan vislumbrar el pasado en el presente, incluso en aquellos que están familiarizados con la diversidad en las sociedades cazadoras-recolectoras. Leacock y Lee nos dan una razón para el estudio de las sociedades de bandas: el deseo de saber "¿cómo era la vida social humana cuando la gente vivía directamente de los frutos de la tierra?" (1982b:1). Alain Testart sostiene que el parentesco y las reglas de convivencia e intercambio de los Aborígenes Australianos, aseguraban una precisa reproducción de la sociedad de generación en generación. A partir de esto, propone la hipótesis que "formas estructurales y sociales análogas a aquellas observadas en Australia estaban, probablemente, presentes en las sociedades del Paleolítico." El recomienda que

---

<sup>1</sup> Nota del Traductor: Conferencia realizada en Chicago (U.S.A.), en 1966.

*“si buscamos conocer sobre el pasado, un campo de estudio que nunca ha parecido deshonoroso a cualquier disciplina menos a la antropología social, el punto de partida en las regiones favorables deberían ser los cazadores-recolectores, los que podrían no haber sido lo que son pero, seguramente, continúan así sólo a causa de formas sociales restrictivas, las que para ellos son, muy posiblemente, una herencia distante y gloriosa”* (Testart 1988:12-13).

David Riches considera la posibilidad que su estudio de sociedades cazadoras-recolectoras del norte de América ofrezca "indicaciones acerca de las bases de ciertas instituciones fundamentales en una sociedad humana original" (1982:208). Tanaka es más explícito, descubriendo que es un "milagro" que los Kade\* "aún estén viviendo de la misma forma que las sociedades humanas de hace 10.000 años" (1980:xii). Allen Johnson y Timothy Earle utilizan a los Ju/"hoansi" y a los Shoshone\* como análogos para la vida de los homínidos del Paleolítico Inferior y Medio (1987:55) (Puntos de vista similares están adheridos más tenazmente en el público en general, con un razonamiento menos sofisticado y con un conocimiento mucho menor de la etnografía).

Ninguno de esos autores puede demostrar que los cazadores-recolectores actuales sean poblaciones relictuales, no tocadas por el paso del tiempo. En cambio ellos si sostendrían que las condiciones de subsistencia de los cazadores-recolectores modernos (pequeños grupos nómades viviendo excesivamente de la predación), replican condiciones del pasado y que el modo de vida de los predadores modernos está estructurado, principalmente, por esas condiciones. Si la naturaleza de las formas de vida de los predadores modernos es un producto de las condiciones de subsistencia, y si esas condiciones replican a las del pasado, entonces los predadores modernos deberían parecerse, más o menos, a los prehistóricos. Así, a pesar de los alegatos en contra, algunos antropólogos persisten en considerar a los predadores vivientes como si fueran nuestros ancestros paleolíticos, aunque ellos deberían admitir que la ventana por la que los miramos esté empañada y rajada. Este enfoque de los predadores vivientes es mucho más sofisticado que el de los evolucionistas del siglo diecinueve, pero el resultado final no es muy diferente.

La arqueología es una ruta difícil para conocer el pasado -especialmente para conocer a sus cazadores-recolectores, los que dejaron pocos restos- por lo tanto es, quizás, perdonable que esos antropólogos sociales pasen por alto a la arqueología en su totalidad y, en cambio, se entreguen a la conocida falacia de la analogía. Haciendo eso, ellos buscan reconstruir una sociedad humana original a través del hallazgo de sociedades conservadoras, las que han preservado sus organizaciones sociales prehistóricas, o por la eliminación de los efectos del colonialismo en los cazadores-recolectores encapsulados por la expansión de sistema mundial. También intentan destilar la diversidad entre los cazadores-recolectores conocidos etnográficamente para llegar a sus características esenciales.

¿Porqué los antropólogos hacen esto? Sospecho que la razón principal es la idea de que la gran diversidad en la vida social humana descende de una forma social original, la etapa cazadora-recolectora, el período de desarrollo en el cual los humanos han pasado el 99% de su existencia. Generalmente se considera que las sociedades humanas evolucionaron a partir de lo que se denomina tanto sociedades cazadoras-recolectoras "no especializadas" como "generalizadas" (la que solía parecerse a los Aranda\*, hoy se parece a los Bushmen\* y mañana, probablemente, puede parecerse a los Aché\*). Esta es una tradición consagrada en antropología (ver Kuper 1988). Pero ahora es tiempo de no detenerse.

---

\* N del T. Para la ubicación de estos grupos, ver el mapa adjunto.

Nosotros no sabemos cuándo y dónde las sociedades o las culturas humanas, tal como las conocemos, se originaron (en parte porque no sabemos como identificarlas en sus momentos iniciales). Aquellos que aluden a la importancia de los predadores modernos en la reconstrucción de una sociedad primitiva original no especifican cuándo y dónde puede hallársela. Los humanos han existido como linaje evolutivo independiente por unos cinco millones de años. Actualmente los paleontólogos debaten sobre si los humanos biológicamente modernos se originaron en África y luego se expandieron a través del globo, reemplazando o mezclándose con otras poblaciones homínidas, o si hubo diversos centros de desarrollo relacionados por flujo genético. Lo que si sabemos es que las primeras poblaciones humanas biológicamente modernas aparecieron en algún momento en los últimos 120.000 años -bastante después de que los primeros homínidos se hallan establecido en África Europa y Asia.

Tampoco sabemos si el surgimiento de los humanos biológicamente modernos también señala la aparición del comportamiento humano moderno. Dado que los predadores tienen diversas adaptaciones a sus ambientes, es difícil determinar con precisión una señal arqueológica de identificación- por ejemplo, entierros elaborados, arte o artefactos complejos -como la huella dactilar de humanos culturalmente modernos. Estos se habrían originado en algún momento en los últimos 120.000 años y con seguridad hace 40.000. Para esta fecha, y sin considerar si los humanos proceden de África o de cualquier otro lugar, la humanidad ocupaba la mayoría de África, Asia, Europa y Australia. De este modo, los hombres culturalmente modernos han vivido y evolucionado por 40.000 y, quizás, por 120.000 años, en una variedad de hábitats y bajo diversas condiciones ecológicas y demográficas -desde la tundra de la Europa pleistocénica al bosque del sudeste asiático y las costas de Australia. ¿Cuándo en esta vasta extensión espacio temporal, puede hallarse a la sociedad humana original?

Quizás deberíamos buscarla en un momento temprano, un momento anterior a la aparición del hombre moderno, antes que nuestros ancestros caminaran hacia afuera de África. Utilizando datos arqueológicos y paleontológicos, Robert Foley ha demostrado diferencias substanciales entre los homínidos pre-*Homo sapiens* y los humanos modernos tanto en atributos biológicos como en los del comportamiento (1988). Entre los homínidos tempranos la maduración y el crecimiento de los niños eran más rápidos, el rango de acción diaria de un grupo era menor, y la carne, tal vez, se obtenía más por el carroñeo que por la caza. No hay buena evidencia sobre bases residenciales o sobre cómo convivían, pero un millón o más de años de una tecnología notablemente uniforme en la producción de hachas de mano e instrumentos sobre guijarros, y a través de tres continentes (África, Asia y Europa), nos habla de capacidades mentales y de atributos del comportamiento sustancialmente diferentes de los homínidos pre-*sapiens*. El reemplazo de una especie por otra (como el que ocurrió hace 40.000 años en Europa de los Neanderthales por los humanos modernos), indica, también, diferencias adaptativas considerables, las que permitieron el reemplazo competitivo. Foley concluye que "los homínidos tempranos no eran ni humanos ni cazadores-recolectores" y que "los cazadores-recolectores modernos no representan, necesariamente, el modo de vida fundamental de los homínidos, tal como se sugirió en la conferencia "Man the Hunter" (1988: 215-220). Seguramente los australopitecinos y los primeros miembros del género *Homo* no eran culturales, en el sentido en que comprendemos el término. Qué eran ellos aún está en duda, pero lo que si está claro es que, ciertamente, es inapropiado la extensión de analogías desde los predadores modernos a nuestros más antiguos ancestros. También debe ser incorrecta la mera extensión de premisas teóricas basadas en los predadores modernos.

Más allá de esto, Foley explora los cambios evolutivos que ocurrieron luego de la aparición de los humanos modernos. Por ejemplo, los del Paleolítico Superior fueron más grandes y con mayor dimorfismo sexual que los humanos post-pleistocénicos. Relacionando esta diferencia biológica a las estrategias reproductivas de los machos y a la división del trabajo, él concluye que "lo que nosotros

consideramos como cazadores-recolectores modernos es, ampliamente, un fenómeno post-pleistocénico. En vez de una adaptación ancestral a la producción de alimentos, es un desarrollo paralelo" (1988:219). Parece que las analogías, a partir de predadores vivos, no se pueden extender hacia atrás en el tiempo todo cuanto uno quiera. Cada capítulo de este libro ha mostrado la variabilidad que hay entre los cazadores-recolectores conocidos etnográficamente, variabilidad que puede ser relacionada, en gran parte, al medio ambiente y a la demografía. Si los humanos han vivido en ambientes diferentes, entonces podemos suponer que ellos han vivido en distintas clases de sociedades cazadoras-recolectoras.

Debemos concluir que no hay una sociedad humana original, ni una adaptación humana fundamental: estudiar a los cazadores-recolectores modernos para eliminar los efectos del contacto con el sistema mundial (cuando esto sea posible), y descubrir conductas universales con el objeto de reconstruir el modo de vida cazador-recolector original es sencillamente imposible -porque ese modo de vida nunca existió. Deberíamos aceptar que es muy posible, hasta probable, que la diversidad moderna proviene de una diversidad original en las adaptaciones predatorias de los humanos con comportamientos modernos. Recordando la analogía del efecto fundador en la evolución biológica, estas diferentes adaptaciones podrían haber sentado las bases de las historias regionales del mundo, al proveer una estructura dentro de la cual la gente desarrolló soluciones culturales específicas al desafío del aumento de población, el contacto con otros pueblos y los cambios ambientales. Como planteó Adam Kuper:

*"Aún si pudiera reconstruirse algún orden social muy antiguo, uno no podría generalizarlo. Si es útil aplicar la teoría evolutiva en la historia social, entonces deberíamos dirigirla hacia la variación en toda clase de circunstancias locales, y luego hacia la diversificación. Indudablemente, los cazadores-recolectores sobrevivientes no se amoldan a un único tipo de organización. Ya que las variaciones ecológicas restringen a la organización social, especialmente cuando la tecnología es simple, entonces entre las sociedades humanas más tempranas debería de haber habido diferencias considerables en su estructura social"* (1988:7).

Si la construcción de una imagen de la sociedad humana original motiva intentos de reducir la variabilidad en los análisis sobre predadores vivos, deberíamos continuar preguntándonos ¿porqué los antropólogos (y muchos no antropólogos también) quieren hacerlo? Como los filósofos sociales del Siglo de las Luces lo hicieron antes, los antropólogos han continuado buscando la naturaleza humana, para descubrir los rasgos que sentaron las bases para toda la humanidad. Esta es una empresa respetable; la que, efectivamente, se sitúa en el corazón de la antropología y ha estimulado la mayoría de nuestra investigación. Pero, a pesar de nuestro rechazo al evolucionismo cultural del siglo diecinueve, hemos encontrado difícil abandonar la sensación de que la evolución es aditiva, que el paso del tiempo y los cambios en la organización social se han construido a partir de un núcleo de naturaleza humana. Entonces muchos antropólogos han estado "impulsando ir a vivir y a trabajar con los cazadores, y lo hacen debido a una sensación de que la condición humana fue probablemente trazada con más claridad allí que entre otras clases de sociedades" (Lee y DeVore 1968: ix). Hoy ningún científico social diría que los miembros de la sociedad industrial están más evolucionados que los predadores modernos. Pero continuamos escuchando ecos en ideas como que los logros materiales de la sociedad industrial y la avidez por ellos nos han removido desde nuestra verdadera naturaleza humana. Así los fantasmas de Spencer, Hobbes y Rousseau persisten: los cazadores-recolectores han sido pensados para mostrar a la naturaleza humana redimida por las adiciones de la evolución. Lo que implica que ellos no han tenido ningún tipo evolución ni de historia. Ciertamente ahora estamos de acuerdo que creer esto es un error.

No voy a debatir aquí si existe algo como la naturaleza humana. En cambio, desearía señalar que no hay razón para suponer que la naturaleza humana estará trazada más claramente entre las sociedades predatoras modernas que entre las sociedades industriales. No hay razones adicionales para suponer que si retrocedemos en el tiempo hacia una supuesta sociedad original (aunque ella halla existido), la naturaleza humana se haría más evidente. Lo que hoy induce a algunos antropólogos a explicar pretendidas conductas comunes -cualquier cosa desde la guerra hasta las tasas de divorcio- como un producto de nuestra herencia genética es creer en una naturaleza humana original, fijada en un pasado distante por un ambiente selectivo común habitado por homínidos tempranos. Pero los humanos han vivido en muchos ambientes selectivos diferentes; entonces, así como no hay una sociedad humana original, tampoco hay un ambiente selectivo original.

Los predadores, pasados y presentes, viven bajo condiciones sociales y ambientales específicas, y dentro de trayectorias históricas particulares, como todos los pueblos. La variabilidad presente entre los predadores vivientes y los antiguos demuestra que, como grupo, no son más representativos de la naturaleza humana que cualquier otra clase de pueblo. Ellos pueden ser utilizados para sustentar cualquier imagen de la sociedad: generosa o codiciosa, violenta o pacífica, monógama o polígama, atenta o indiferente de los niños, y así sucesivamente. Esto no significa que el estudio de los predadores no tenga nada que expresar sobre la naturaleza humana; sino que, no podemos descubrir lo que es común entre los humanos sin entender lo que es variable. Para hacerlo de otro modo sólo debemos asumir, como lo hicieron los primeros evolucionistas, que es lo que estamos tratando de descubrir.

Quizás los arqueólogos estén aún más predispuestos que los antropólogos sociales por la urgencia de crear un estereotipo de los cazadores-recolectores (y me incluyo entre los culpables). Dado el habitual carácter empobrecido de los restos arqueológicos de las sociedades cazadoras-recolectoras, especialmente aquellas del pleistoceno, es comprensible que los arqueólogos estén tentados a buscar, por todos lados, maneras de reconstruir el pasado. Habitualmente justificamos la reconstrucción de una sociedad cazadora-recolectora no por la demostración de la existencia de un rasgo a través del análisis de los datos arqueológicos, sino que lo hacemos por referencia a la analogía etnográfica o llamando la atención sobre lo común que es esta metodología entre los etnógrafos. Como lo hicieron antes muchos antropólogos, asumimos que si un rasgo está muy extendido es un signo de su antigüedad. En vez de sostener, como lo hicieron Service, Speck y otros antropólogos de principios del siglo veinte, que los rasgos más difundidos son los más antiguos, nosotros argumentamos que algunos rasgos están difundidos porque son "adaptativos" para las sociedades cazadoras-recolectoras y, por lo tanto, se cuenta con encontrarlos en todos los casos, los presentes y los pasados. El resultado es el mismo. Ya hemos señalado que nuestras nociones de la adaptación han sido, frecuentemente, incorrectas. También que la prevalencia actual de un rasgo puede ser producto de la persistencia de condiciones causales específicas entre los pueblos cazadores-recolectores actuales de todo el mundo, un producto del contacto, o por vivir en ambientes con bajas tasas de retorno o con recursos altamente variables. Dejando este tema teórico a un lado, podemos decir que aún son pocas las veces que demostramos con exactitud cuan común es un rasgo. Apelar a la frecuencia de un rasgo significa, generalmente, que se lo halló entre los Ju/'hoansi (ver nota 3), o entre cualquier otro grupo que se aproxime a lo que el arqueólogo *ya supone* que es el caso prehistórico más semejante. De este modo el pasado prehistórico comienza a tener el mismo aspecto en cualquier lugar, esto es parecido a la actual generalización de los cazadores-recolectores conocidos etnográficamente. Hemos desarrollado cuadros muy detallados de las primeras sociedades humanas consumado con bandas familiares de 25 individuos los que comparten alimentos, determinan relaciones de parentesco bilaterales, con residencia bilocal, comen una dieta generalizada, con las mujeres recogiendo plantas y los hombres cazando, construyen alianzas a través de matrimonios monógamos y regulan su población para evitar la degradación ambiental. Pero este detallado cuadro no proviene de la

evidencia arqueológica sino de la analogía etnográfica. Esta mala utilización de la investigación de los cazadores-recolectores modernos proporciona un sustento falso a la idea de una única sociedad humana primitiva, de un estadio sociocultural cazador-recolector uniforme. Si los cazadores-recolectores prehistóricos parecen todos iguales en la literatura antropológica, es porque suponemos que son los que están desde el principio.

Entonces ¿esto significa que los arqueólogos deberían rechazar una utilización productiva de los datos etnográficos?. Por supuesto que no. Pero la traslación de la información desde la etnografía a la arqueología no puede ser directa. Cerca de treinta años atrás, Martin Wobst previno a los arqueólogos sobre cómo los datos etnográficos, con su riqueza de detalles irrecuperables por la arqueología, pueden "tiranizar" a los arqueólogos adormeciéndolos al hacerles imaginar el pasado antes de excavarlo (1978). Si los dejamos los datos etnográficos pueden limitar nuestra habilidad para reconocer desconocidas formas prehistóricas de organización asociadas con la caza y la recolección. Los cazadores-recolectores modernos difieren de los prehistóricos no solo porque ellos interactúan con corporaciones multinacionales y gobiernos coloniales sino porque ellos han cambiado, probablemente, por muchas otras razones (*e.g.* cambios ambientales o dinámicas sociales internas). La cuestión no es que el cambio haya ocurrido, sino cuánto cambio hubo y de qué clase. Aunque fuera encontrado un grupo cazador-recolector prístino, aislado y sin ningún contacto (el que no existe) no debería ser usado como una analogía para reconstruir la prehistoria. Aun si pudiéramos tomar una máquina del tiempo e ir a Europa o África del este unos 15.000 años atrás -cuando los cazadores vivían realmente en un mundo de cazadores- la investigación etnográfica que resultare no puede ser proyectada necesariamente hacia atrás, a la Europa de hace 25.000 años o hacia adelante a la Norteamérica de hace 8.000 años. Es irrelevante buscar el conjunto de condiciones bajo las cuales viven los cazadores. Al igual que lo hacen las actuales, la mayoría de las sociedades cazadoras-recolectoras vivían bajo un gran número de condiciones diferentes.

Entonces ¿cuál es la relación entre los datos etnográficos sobre el comportamiento y la investigación arqueológica? Para contestar esta pregunta primero debemos considerar los fenómenos que la arqueología puede estudiar. Por lo general la arqueología se ocupa de explicar el comportamiento cultural tal como se manifiesta a través de largos períodos de tiempo. Ninguna otra disciplina tiene tanto tiempo y espacio a su disposición. Cubre un lapso de tiempo desde antes que fuéramos humanos hasta el presente, y desde Groenlandia hasta Tierra del Fuego. Este es el punto fuerte de la Arqueología. Sin embargo, su debilidad es que la mayor parte del registro arqueológico tiene una resolución de grano grueso, muy tosca como para lograr registrar sucesos individuales. Habitualmente registramos el pasado en intervalos de 1.000 o de 10.000 años; en el mejor de los casos vemos lo que sucedió en rangos de 25 a 100 años. Esta es una escala de tiempo completamente diferente de la etnografía, donde un proyecto de 10 años constituye un estudio a largo plazo. Los etnógrafos registran el comportamiento de los individuos, una capacidad que está más allá de las técnicas actuales de la arqueología (y posiblemente de las futuras). Como lo señaló Michael Jochim " los etnógrafos nos dan informes, fotos individuales, donde el registro arqueológico sólo presenta fragmentos de un album familiar entero" (1991:315). La diferencia fundamental en las escalas temporales imposibilita una transferencia sencilla de modelos desde la etnografía hacia la arqueología.

Sin embargo, la reflexión arqueológica no es capaz de ver los efectos materiales ni los pensamientos de un predador solitario, para llegar a comprender los cambios a larga escala en las estrategias predatoras -cambios que van desde la dependencia en la carne a la dependencia de plantas, o desde la caza y la recolección a la agricultura- debemos entender cómo es que toma decisiones aquel predador

solitario. El registro arqueológico puede ser tosco pero, sin embargo, fue producido por el comportamiento de individuos. La evolución cultural humana es el resultado de millones de decisiones, las que abarcan, entre otras cosas, la comida, los casamientos, los linajes, la tierra, el prestigio, las reputaciones, los espíritus y el cosmos. El resultado de los procesos en la toma de decisiones crearon diversidad en el pasado y continúan creando diversidad en el mundo de hoy. La investigación etnográfica le proporciona a la arqueología una comprensión sobre el terreno de la conducta relacionada con tomas de decisiones diarias, la que es la fuente primaria del registro arqueológico (dejando de lado los efectos de los procesos naturales). Nuestra tarea es preguntarnos ¿qué rol juegan las variables ecológicas, sociales, biológicas y culturales en las decisiones? ¿Cómo deciden los cazadores-recolectores -gente en realidad- si las calorías, la proteína o cualquier otra cosa es el criterio por el cual clasificamos los alimentos? ¿Cómo deciden ellos compartir con alguien, permitirle a otro entrar en su territorio, trasladarse o criar a un recién nacido? ¿Cómo deciden participar en un festejo que les permitirá acumular prestigio a alguno de ellos?

Por supuesto que estoy de acuerdo con utilizar datos etnológicos en la reconstrucción del pasado. Estoy dispuesto a hacerlo porque si las poblaciones cazan y recolectan y si la interacción con el ambiente ejerce alguna clase de influencia sobre sus modos de vida, entonces cómo toman sus decisiones las poblaciones vivientes, debería asemejarse con la forma en que las poblaciones tomaban decisiones en el pasado. Esto no significa que los pueblos del presente sean idénticos a los del pasado, pero si nos hace asumir que los predadores actuales operan bajo los mismos principios evolutivos generales de los cazadores-recolectores prehistóricos; si bien lo hacen bajo nuevas condiciones y presiones y en diferentes circunstancias históricas y culturales.

No hay ninguna duda que hoy todas las sociedades cazadoras-recolectoras están estructuradas en parte, y quizás en su mayor parte, por la interacción con sociedades que no son cazadoras-recolectoras. Sería absurdo pretender aplicar en un todo a la prehistoria un modelo trazado a partir de estas sociedades. Pero sería igual de absurdo que los arqueólogos ignoren las características de estas sociedades porque ellas fueron inducidas por contacto. Viviendo en el medio de sociedades industriales y agrícolas, algunas veces por cientos de años, los cazadores-recolectores modernos tomaron decisiones comunicadas culturalmente sobre cómo y cuándo moverse, si se trabaja por salario o no, si se acumula comida o no, si se entrega algo o se guarda, si se arregla un matrimonio o no, si se come esto o aquello, si se compra la comida o si se recolecta, si se permanece cerca de un pueblo o se van lejos de él, si se tienen chicos o no. Si ellos toman estas decisiones, entonces le proporcionan a la arqueología de material para la reflexión. La etnología debería ayudar a los arqueólogos a construir modelos del pasado más precisos, modelos cuyo éxito o fracaso no dependa de suposiciones ambiguas o inapropiadas, las que, por lo tanto, serán pruebas de hipótesis sobre la prehistoria más exactas. Tomando prestada una frase de Lévi-Strauss; diremos que para los arqueólogos los datos etnológicos son "buenos para pensar". No podemos extrapolar hacia el pasado partiendo de imágenes, descripciones o generalizaciones estadísticas sobre cazadores-recolectores modernos. Una vez determinado cuál era su ambiente y qué creemos que son los principios evolutivos que guían el comportamiento humano, sí podemos usar argumentos teóricos, probados frente a datos etnológicos, para luego derivar expectativas sobre el comportamiento de los cazadores-recolectores prehistóricos.

Invariablemente los modelos arqueológicos deben contener algunas suposiciones sobre el comportamiento del cazador-recolector, por ejemplo, si ellos comparten o no, cómo predan, etcétera. Teniendo en cuenta lo que se dijo antes sobre las condiciones y lo restringido del caso arqueológico (por ejemplo una comprensión de los cambios en la distribución de los recursos basada en reconstrucciones

paleoecológicas), la investigación de las fuentes de variabilidad con respecto a cómo se toman estas decisiones entre los cazadores-recolectores modernos, nos permite poner a prueba modelos más precisos. Esto significa especificar las fuentes de variabilidad sociocultural, en lugar de ir a buscar generalizaciones sobre sociedades basadas en categorías sociales o de subsistencia muy generales. El registro etnográfico es una tierra fértil en la cual se pueden desarrollar hipótesis, las cuales pueden ser puestas a prueba frente a datos arqueológicos. También se pueden poner a prueba ideas sobre comportamientos que no puedan ser registrados arqueológicamente; proporcionando así justificación para su inclusión como suposiciones de modelos arqueológicos. La inclusión de un rasgo de comportamiento debe fundamentarse con algo más que su prevalencia entre cazadores-recolectores conocidos etnográficamente. Por ejemplo el tamaño de 25 individuos para un grupo es muy común en la etnografía, pero es la demostración de Winterhalder -en la que un grupo de 25 individuos equilibra una preocupación por la sobreexplotación de recursos locales con un interés por minimizar la probabilidad de que ninguno lleve comida a casa- la que nos permite considerar como de 25 al tamaño mínimo para un grupo en los modelos arqueológicos (si podemos asumir que se comparte la comida). El argumento de Winterhalder todavía necesita ser puesto a prueba contra datos etnológicos, pero es el tipo de estudio que puede aportar beneficios significativos a la arqueología.

Esto es diferente de la analogía etnográfica o, al menos, es un uso más poderoso y seguro de la analogía. La variabilidad presente en los datos etnográficos nos proporciona la información necesaria para ver como cambia el comportamiento cultural humano en relación con otras variables, tanto internas como externas a las sociedades. Comprender cómo se toman decisiones sobre la subsistencia, y bajo condiciones diferentes, nos permite construir un rango de modelos competentes para explicar los cambios en la subsistencia prehistórica, por ejemplo la transición hacia la economía agrícola. Nosotros podríamos anticipar distintas clases de sociedades cazadoras-recolectoras dependientes de, por ejemplo, la densidad de población, las características de los recursos y los parámetros espaciales y temporales de las fluctuaciones en los recursos.

Aunque la arqueología de los cazadores-recolectores está más allá de los alcances de este libro, el comprender las fuentes de variabilidad presentes en los datos etnográficos nos permitirá desarrollar métodos más precisos para reconstruir el pasado. Los arqueólogos tratan continuamente de desarrollar métodos, conocidos como teoría de rango-medio, que relacionan restos materiales con el comportamiento que los produjo. En este sentido, buscamos rastros de algunas clases particulares de comportamiento. Por ejemplo, los arqueólogos tratan de usar las distribuciones espaciales de desechos o de fogones para reconstruir el tamaño de un grupo o para determinar el lapso de tiempo en que estuvo ocupado el sitio. De la misma forma el tratamiento de los restos faunísticos por los pueblos actuales puede ser usado para desarrollar métodos para clasificar la caza, el carroñeo y las actividades de los predadores no humanos, y así reconocer los signos que impliquen la distribución de la carne, el procesamiento de esa carne y el almacenamiento. Sin embargo, como sabemos que el comportamiento de los cazadores-recolectores puede ser muy variable, también podemos esperar que las sociedades que se dedican a la caza y a la recolección pueden producir una gran variedad de restos arqueológicos; lo que significa que no hay rastros materiales sencillos del comportamiento. Los restos arqueológicos de la caza pueden ser muy variables, dependiendo de que la población considere a la carne como su fuente primaria de calorías o de proteínas o si ellos almacenan comida o no, o de como comparten la carne (esto se suma a la variabilidad que está relacionada con las diferencias entre los mismos animales, como la movilidad, el tamaño o el contenido de grasa).

Lewis Binford ha sostenido repetidamente que los métodos para interpretar los restos arqueológicos no pueden divorciarse de la comprensión de la variabilidad en el comportamiento de los cazadores-



recolectores. Por ejemplo, él ha mostrado que el criterio para reconocer arqueológicamente sitios residenciales -las cantidades y clases de desechos dejados, así como el tipo de alojamiento usado- depende tanto de si el grupo es más móvil residencialmente o si lo es logísticamente (Binford 1980, 1990). Como se describió en el capítulo cuatro la organización del grupo y los movimientos individuales dependen de variables ecológicas y demográficas. Así, la construcción de métodos para realizar inferencias a partir de restos arqueológicos está inevitablemente relacionada a la comprensión de la variabilidad en el comportamiento. Uno no puede reconstruir el pasado si no trata de explicar el pasado simultáneamente.

Entonces, hace falta que consideremos a la prehistoria de los cazadores-recolectores desde el punto de vista distinto del de las categorías tipológicas amplias, como esas en las que se compara generalizado versus especializado, simple vs. complejo, almacenamiento vs. no almacenamiento, retorno inmediato vs. retardado. Nuestro enfoque debe permitirnos continuar expandiendo el conocimiento sobre la diversidad del comportamiento humano. Nosotros necesitamos no enfocar a la arqueología hacia la asignación de un sitio o de un período de tiempo a un casillero tipológico en particular, sino con la intención de reconstruir diferentes elementos culturales -dieta, movilidad, demografía, organización social- lo mejor que podamos, y así ensamblarlos, como las piezas de un rompecabezas pero sin el dibujo en la caja.

Esto suena difícil, pero nos libera del error de la analogía acrítica, y del error de ver a los cazadores-recolectores a través del cristal de una imaginaria sociedad humana original. Si nos liberamos para descubrir imprevistas formas de organización asociadas con la caza y a la recolección prehistórica, formas que pueden estar relacionadas con condiciones ecológicas que ya no existen, o en interacción con tipos de sociedades que ya no existen o, para los humanos premodernos, a capacidades cognitivas que la humanidad abandonó o expandió. Enfocando el estudio de los cazadores-recolectores modernos y prehistóricos a partir de una estructura teórica explícitamente evolutiva, vamos a agregar continuamente conocimiento y comprensión del desarrollo y de la diversidad de la humanidad. Y esta es, a pesar de todo, la razón por la que hacemos antropología.

## BIBLIOGRAFIA

- BINFORD, L.R.  
1980 Willow smoke and dogs' tails: Hunter Gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45:4-20.
- BINFORD, L.R.  
1990 Mobility, housing and environment: a comparative study. *Journal of Anthropological Research* 46:119-152.
- BURCH, E.S.  
1994 The future of hunter gatherer research. En *Key Issues in Hunter Gatherer Research*, editado por E.S.Burch y L.J. Ellanna, pp. 441-455. Oxford, Berg.
- FEIT, H.  
1994 The enduring pursuit. En *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, editado por E.S.Burch y L.J. Ellanna, pp. 421-439. Oxford, Berg.
- FOLEY, R.  
1988 Hominids, humans and hunter gatherer: an evolutionary perspective. En *Hunters and Gatherers*, vol 1, editado por T. Ingold, D. Riches y J. Woodburn, pp. 207-221. Oxford, Berg.
- JOCHIM, M.A.  
1991 Archaeology as a long-term ethnography. *American Anthropologist* 93:308-321.
- JOHNSON, A. y EARLE, T.  
1987 *The Evolution of Human Societies*. Stanford, Stanford University Press.
- KUPER, A.  
1988 *The Invention of Primitive Society*. London Routledge.
- LEACOCK, E y R. B. LEE  
1982 *Politics and History in Band Societies*. Cambridge, Cambridge University Press.

*10 Fundamentos de Prehistoria.*

LEE, R. B. e I. DeVORE

1968 *Man the Hunter*. Chicago Aldine.

RICHES, D.

1982 *Northern Nomadic Hunter-Gatherers*. London, Academic Press.

TESTART, A.

1988 Some major problems in the social Anthropology of hunter-gatherers. *Current Anthropology* 29:1-31.

WOBST, M.

1978 The archeo-ethnology of Hunter-Gatherer or the tyranny of the ethnography record in archaeology. *American Antiquity* 43:303-309.



